

El ladrón de la calle de Salvago

(TRADICION)

Extractada de los Anales de Málaga, escritos por el Ilmo. señor D. Narciso Diaz de Escovar, Cronista de la Provincia.)

Núm. 4 de la Colección

MÁLAGA
Imprenta de J. Azuaga

R. 55.851

410

and is in the hands of the

(continued)

and is in the hands of the

and is in the hands of the

and is in the hands of the

and is in the hands of the

and is in the hands of the

and is in the hands of the

and is in the hands of the

and is in the hands of the

and is in the hands of the

and is in the hands of the

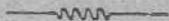
and is in the hands of the

*Estos libritos podrán utilizarse
como premios en las Escuelas de
Niñas o Niños.*

*Toda Niña o Niño, que reuna
ONCE distintos, llevando escrito
en las cubiertas su nombre, ten-
drá derecho a uno más, que le en-
tregarán en la librería de D. José
Duarte, Granada 34.—Móla a.*

Se prohíbe la reproducción.

El ladrón de la calle de Salvago



(TRADICIÓN)

Son mnchas las tradiciones de Málaga, desconocidas para la mayor parte de sus vecinos, que van borradosse poco á poco de la memoria de los malagueños y que están llamadas á desaparecer. Los que tenemos la afición de escribir sobre cosas y hombres de esta ciudad, tenemos a la vez el deber de no dejar oscurecidos y en el olvido esos recuerdos de ciertos hechos, aunque para ilevar a cabo esos trabajos no se encuentren papeles que los detallen en los ar-

chivos, ni libros en las Bibliote as que los confirmen.

Una persona respetable de esta ciudad, emparentada c n el mejor escritor colorista que en Málaga nació, y en España ha existido, nos ha dado á conocer la tradición que vamos á relatar, tradición curiosa por más de un concepto.

Hace bastantes años vivia en la calle de Salvago, llamada hoy de D. Manuel Altolaguirrs, una de las más ilustres familias malagueñas de aquellas cuyos nombres representan y recuerdan nuestras historia local durante los pasados siglos.

La casa que habitaba esta familia era aquella cuya puerta principal daba frente á la calle de Especerías.

Tenia ésta familia un anciano y

leal mayordomo, hombre de tanto valor como honradez, y que tenia fama de listo y precavido. Dormia en un aposento de la planta baja de la casa, no muy lejos del portal.

Una noche se sintió despertado por un ruido especial y extraño. Creyó al punto que se trataba de algo sin importancia, pero el ruido seguia lento y constante. Incorporóse en su lecho y prestó atención.

Entrado en sospechas, se envolvió en una capa, y se dirigió hacia el lugar donde los acompasados golpes sonaban. Llegó á la puerta de la calle y vió el enigma descifrado.

Indudablemente una mano criminal, usando de una herramienta de carpintero, trataba de abrir un

agujero en la puerta, al objeto de poder descorrer el pestillo y levantar la barra de hierro.

Se detuvo algunos momentos, reflexionó y procurando que no produjesen sus pasos el más pequeño rumor, volvió á su cuarto. Buscó en un rincón del mismo un fuerte cordel, hizo un perfecto nudo corredizo y volvió al portal.

Momentos después el agujero estaba hecho. Desapareció la herramienta y una mano penetró cuidadosamente.

Los dedos se agitaron reconociendo madera y pestillo. El mayordomo no titubeó. Cogió el nudo corredizo, formó un círculo alrededor de aquella mano que no le cabia duda era de un ladrón y tiró con toda su fuerza.

Aquella mano hizo esfuerzos

inútiles, se retorció convulsivamente y se agitó en contrarios movimientos, pero todo fué en vano. El anciano dejó tirante la cuerda, después ató el extremo de ella a un hierro y esp ró.

Mientras esperaba escuchó pasos, rumores extraños y voces apagadas, que no llegó a entender.

.
Amaneció y apenas los primeros reflejos del día, traspasaron las rendijas de la puerta, el anciano subió a la habitación de su amo y dió cuenta de lo que ocurría.

Bajaron ambos al portal y pudieron apercibirse de que había ya gente comentando el suceso.

La mano permanecía sujeta por el nudo corredizo, pero inmóvil.

Abrieron la puerta. Algunos curiosos madrugadores se echaron atrás. Todos los rostros demostraban extraño terror.

Amo y mayordomo, vieron entonces lo que les costaba trabajo creer.

La mano prisionera pertenecía al cuerpo de un hombre, al cual se había cortado la cabeza, despojándole también de parte de sus ropas.

Era indudable que el ladrón había sido degollado, para que no se le conociese o no delatase a sus compañeros.

El crimen quedó en la impunidad.

Cuantas pesquisas hicieron jueces y alguaciles resultaron infructuosas.

Aquél cadáver, no fué recono-

cido y la precaución de sus cómplices surtió el efecto deseado.

El edificio, teatro de este suceso sangriento, fué destruido hace años por un violento incendio, que lo redujo á escombros.

Se nos dice que se salvó la puerta donde el crimen se cometió.

En ella podia verse el hueco que el ladrón hizo y por donde su mano fué introducida. La compos-tura hecha no pudo ser tan perfecta que el agujero no se apreciase por los curiosos conocedores de esta tradicióu.



